

SEMIÓTICA Y COMUNICACIÓN

MANUEL ÁNGEL VÁZQUEZ MEDEL
Universidad de Sevilla

La inclusión de una ponencia sobre Semiótica y Comunicación en un Congreso de Profesores de Lengua y Literatura Española dedicado al estudio de las relaciones entre «Literatura culta y Literatura popular» revela una extraordinaria sensibilidad para atender no sólo a lo que constituye nuestra identidad como herencia del pasado, sino a su evaluación en la hora presente y a su proyección futura. Las identidades son siempre dinámicas, y la preservación de nuestro acervo pretérito no puede ni debe impedir la natural evolución de los productos culturales. Sabemos que un mismo apero de labranza tiene un valor distinto –y cumple una función diferente– según sea utilizado como el instrumento tecnológico más vigente de su momento; si convive residualmente con otros instrumentos que cumplen su función con más eficacia o, finalmente, si ha quedado convertido –en el rincón de un museo– en un objeto que recuerda un pasado *que pasó* y que se contempla desde el presente con otra mirada.

La comunicación literaria (no sólo la creación, sino también la circulación y la recepción) también cumple su específica función social que, a pesar de una gran estabilidad y de un sostenido prestigio en el ámbito occidental, ha ido cambiando con el tiempo. Y, con todos los matices y gradualidades, *docere et delectare* siguen siendo los dos polos no necesariamente antagónicos entre los que se sitúa toda experiencia literaria, o, dicho más genéricamente, la comunicación literaria, como toda interacción humana, más allá y a través de su dimensión frutiva y placentera, persigue una influencia o virtual transformación del entorno; en este caso, fundamentalmente, una incidencia sobre la mente humana, sobre las imágenes que la pueblan, los afectos que derivan de sus estados y sus orientaciones para nuestra acción sobre el mundo. Esto ocurre incluso con las manifestaciones más «puras» de la experiencia literaria.

La llamada «literatura popular» (noción, por cierto, extraordinariamente conflictiva) es ahora, paradójicamente, una reivindicación culta, porque lo verdaderamente popular (con sus luces y sombras) se ha des-

plazado hacia otros ámbitos. Porque los colectivos de más débil configuración socio-económico-cultural prefieren otras prácticas comunicativas sociales a los viejos romances o a los relatos transmitidos de boca en boca que, además, en nuestros días, requieren ciertas competencias interpretativas que no son necesarias, por ejemplo, para oír una radionovela o contemplar un «culebrón». Los colectivos más populares nutren sus mentes con los flujos televisivos que, a pesar de proporcionarles experiencias impensables en otros tiempos, distan mucho de cumplir aquella triple función que *canónicamente* les era asignada por la incipiente teoría de la comunicación sociologista y unidireccional: informar, formar, divertir.

La nueva semiótica.

Miguel Rodrigo Albina, en una de las obras más recomendables para iniciarse en el conocimiento de *los modelos de la comunicación*, recorre las principales propuestas formuladas a lo largo del siglo XX: el modelo de Lasswell, forjado en el ámbito de la propaganda política; el de Shanon y Weaver, respuesta desde la teoría matemática y la cibernética a la preocupación por la eficacia en la transmisión; el de Schramm, consolidación de la *Mass Communication Research* en el estudio de los efectos; el bien conocido por nosotros de Jakobson, gestado desde la misma entraña del estructuralismo y el funcionalismo lingüístico y literario; y el de Maletzke, aportación de la publicística al estudio psicológico de la comunicación. Finalmente, cuando pretende ofrecer, desde la perspectiva actual, un modelo más abarcador y omnicompreensivo, pluridisciplinar, dinámico, flexible e integrador, acude al que denomina *modelo socio-semiótico*, atento a todos los factores complejos que constituyen las diversas formas de interacción comunicativa, en todas sus fases de producción, circulación y consumo (o recepción).

Contra tiros y troyanos, la actual semiótica postestructural se ha ido consolidando como un saber para la vida, como una teoría crítica de la cultura, como un ámbito de convergencia interdisciplinar que no prescinde de los conocimientos elaborados en cada área científica (lengua y literatura, teoría e historia del arte y la cultura, psicología y sociología, ciencias de la comunicación y cibernética, neurobiología y ciencias de la cognición...), pero los dinamiza desde su propia perspectiva: el análisis de la fuerza simbólica, de la virtualidad significativa de nuestros intercambios materiales y culturales.

La nueva semiótica de la que hablamos no es ya ninguna disciplina abstrusa y de complicada terminología, ni un saber para iniciados, aunque sin duda –como todo conocimiento experto– requiere el dominio de ciertas claves propias. Puesto que todos tenemos una competencia semiótica (esto es: la capacidad práctica para construir y decodificar mensajes de muy diversa índole sobre soportes muy diversos), todos, también, participamos de las bases para reflexionar sobre dicha competencia y dicha práctica simbólica. Aunque es cierto que el salto del dominio de semióticas-objeto (praxis semiótica inmediata) a la capacidad metasemiótica (para formular teorías, metodologías y claves operativas de análisis acerca de los procesos dinámicos de significación) exige un importante esfuerzo y una oportuna cualificación epistemológica.

Sabemos construir discursos de muy diversa índole: discursos verbales y no verbales; controlamos nuestras palabras y nuestros gestos; nuestra dicción y nuestra acción. Y sabemos que la circulación social de los significados y la conservación y transmisión de los sentidos tienen tanta importancia como los condicionamientos materiales que forman parte de nuestras vidas.

Somos animales simbólicos; criaturas capaces de ir más allá de la materialidad de los sonidos, de los trazos o de los gestos, para captar significados e implicaciones que los exceden. No nos quedamos –como el necio– contemplando el dedo del sabio cuando nos señala la luna. Por ello la denominación de *Semiosfera*, que ofreciera Iuri Lotman –desde su *Semiótica de la Cultura*– a esta esfera o ámbito vital (*Sitz-in-Leben*) en que circulan y causan sus efectos los significados, es mucho más que una metáfora. Verdaderamente «respiramos» con nuestra mente en esta semiosfera, del mismo modo que respiramos el oxígeno que necesitamos para vivir físicamente en la atmósfera. Y la semiosfera –como la atmósfera– puede cargarse de productos de desecho, de residuos simbólicos, hasta hacerse gravemente tóxica, irrespirable hasta contaminar nuestras mentes. Lástima que no dispongamos de instrumentos para calibrar con la misma precisión con que lo hacemos con la contaminación físico-química la presencia de elementos dañinos o letales en nuestros espacios simbólicos. Muchos de los desajustes mentales –tanto en el comportamiento individual como en el colectivo– tienen mucho que ver con este funcionamiento de la semiosfera. Hoy solemos admitir que el proceso de industrialización y la aceleración de los procesos temporales provocó una cierta neurosis no patológica, e incluso necesaria, para soportar el ritmo

de vida al que nos vemos sometidos. También que este proceso, más vertiginoso aún, de cambios tecnológicos y comunicacionales está provocando peligrosas tendencias paranoides, esquizoides y autistas. Porque nos sentimos solos y aislados; porque nos sentimos amenazados por los demás y desgraciados; porque actuamos de modos incoherentes y contradictorios.

Igual que la revolución industrial –una revolución de la fuerza física y del músculo– fue brutalmente agresiva con el entorno natural del que formamos parte, esta revolución tecnológica y comunicacional –revolución del conocimiento, de los saberes, de la inteligencia y de sus aplicaciones al mundo de la acción– está agrediendo nuestro espíritu y provocando en nuestra subjetividad un «agujero» más grave que el que provoca la contaminación química en la capa de ozono. Pero no nos ponemos en alerta, porque esta reflexión sigue pareciéndonos una simple metáfora.

Como nos sigue pareciendo una metáfora el enfoque de los procesos educativos en términos de «implantes de memoria», condicionamiento e intervención en la mente de niños y jóvenes para fijar un conjunto de conocimientos que juzgamos imprescindibles, para orientar actitudes, para forjar (por acción u omisión) sistemas axiológicos, escalas de valores que –aunque siempre en dinámica transformación– condicionarán su vivir en sociedad. Se trata de una «programación de la mente» a través de los signos para socializarla, en la que interfieren otros muchos mensajes y fuerzas provenientes de las instituciones que confluyen con el sistema educativo: el entorno familiar y los medios de comunicación (televisión, videojuegos, ordenadores, etc.). Sistemas simbólicos y sociedad se determinan mutuamente.

Deberíamos estar más atentos a una «gastronomía del espíritu» (utilizo «espíritu» como sinónimo de mente, como el francés *esprit*), en un momento en el que tanta gente se intoxica con los «alimentos de la mente». Estamos creando anoréxicos y bulímicos no sólo del cuerpo, sino del espíritu: gente que no se nutre de aquello que más nos humaniza, de lo que requiere nuestra mente para vivir, sino que se priva por temor a la gravedad, y a cambio se nutre de verdaderas inmundicias; o incluso gente que traga sin digerir y luego vomita los «alimentos del espíritu», para pegarse un nuevo atracón. El paso de las llamadas prácticas de lectura intensivas a las extensivas, que se produce fundamentalmente en el siglo XVIII, pero que se ha acelerado en las últimas décadas, nos ha convertido, también, en *consumidores compulsivos del conocimiento*, que apenas podemos

incorporar a nuestra propia realidad. Una vez más, la orientación del tener (tener conocimientos) se impone en una sociedad que olvida la orientación no metafísica ni alienante hacia el ser (conocer y saber como actitudes activas y derivadas de nuestra propia realidad), como ya evidenciara con toda claridad Erich Fromm hace más de tres décadas.

Desde esta perspectiva, la presencia de materias de lengua y literatura en los diseños curriculares de educación primaria, secundaria y bachillerato, responde al consenso sobre su importancia en el proceso de socialización si bien –a mi juicio– muy por debajo de lo necesario y con enfoques más que discutibles. Para un crecimiento humano dignificador hemos de alimentarnos de palabras y con palabras. Sobre todo cuando –como palabra poética– nos llevan al mismo límite de lo humano y de lo verbal, al comienzo mismo de las «afueras del lenguaje» en su potencialidad ética y estética. Por ello es muy peligroso que, en el reparto del tiempo limitado de que disponemos para una formación integral de niños y jóvenes como seres sociales, la incorporación de nuevos conocimientos y la enseñanza de nuevas destrezas se haga a costa de las disciplinas orientadas a incrementar nuestra *competencia discursiva y social*. Es decir: de aquellas –como la lengua– cuya función última es humanizar y socializar, ampliar los límites del mundo al ensanchar los límites del lenguaje.

Debemos enseñar a utilizar con riqueza y plasticidad el idioma que se adquiere naturalmente en otros ámbitos de la socialización primaria porque la lengua materna sigue siendo el más poderoso instrumento de comprensión del mundo y de control sobre él, la herramienta más potente para ahorrar o modelizar objetos, seres, procesos y acontecimientos. Y, en todo caso, en esta nueva coyuntura –como veremos más adelante– el desarrollo de las competencias comunicativas y lingüísticas es el más importante correctivo a los procesos de banalización del pensamiento y del sentimiento, que se ven continuamente asaltados por otros potenciales simbólicos no verbales o no exclusivamente verbales.

Debemos enseñar a leer y a disfrutar con la lectura (y debemos ayudar no sólo a que se lea creativamente, sino también a que creativamente se escriba) porque la literatura ya no es el producto burgués de que hablaba Foucault; porque la experiencia literaria es uno de los cauces más libres y más poderosos para ampliar los límites de nuestro mundo; para vivir otras vidas que nos han sido vedadas; para ampliar nuestro horizonte comprensivo y vital, y adoptar otros puntos de vista, otras escalas de valores. Leer es acceder a los deseos y temores, a las expectativas y

angustias, a los gozos y al dolor de los seres humanos que nos han precedido o que nos acompañan en esta coyuntura, en esta gran bifurcación, en este punto crucial, en esta gran catástrofe en la que lo que está en juego es la propia supervivencia humana. Una supervivencia imposible si la palabra, el verbo, no se encarna. Y los procesos de lecto-escritura avanzados requieren la adquisición de otro tipo de competencias culturales e interpretativas que van más allá de la inmediata decodificación primaria. Lotman ha evidenciado fehacientemente que la palabra, en el ámbito literario, está sometida a un proceso de modelización secundaria que va más allá de la modelización primaria de las lenguas naturales que le sirven de soporte. En el proceso de mediación crítica que supone una buena introducción a la experiencia literaria es preciso generar esas competencias lectoras que exceden la competencia lingüística.

Economías simbólicas.

En esta época nuestra de *paneconomicismo*, de imposición de lo económico sobre lo político, lo social y lo cultural, de gestación de un proceso globalizador bajo la perspectiva del pensamiento único que justifica la integración planetaria bajo los imperativos del mercado y de la mercancía, hemos de ejercer más que nunca el pensamiento crítico.

Igual que hay una economía material (por cierto, cada vez de menos peso ante la economía puramente especulativa), existe una economía simbólica. Con tantas implicaciones –al menos– como la propia economía material.

Denominamos *economía simbólica* a los sistemas de signos en su funcionamiento social; al valor de uso y al valor de cambio de los universos simbólicos. Al peso que la interacción simbólica tiene sobre nuestras mentes, sobre nuestros sistemas de valores, sobre nuestros comportamientos. En el marco de las economías simbólicas hay subsistemas devaluados y subsistemas sobrevalorados. En él se producen desgastes simbólicos y se replantean las fronteras entre lo público y lo privado, lo permitido y lo prohibido, lo sagrado y lo profano, lo individual y lo colectivo. Es esta economía simbólica la que determina los rasgos dominantes de los diferentes *imaginarios sociales*.

Es indudable que los medios de comunicación son el factor fundamental en la regulación de la economía simbólica. El caudal simbólico con más capacidad modelizadora de nuestros deseos, temores y com-

portamientos procede de los medios de comunicación, fundamentalmente del medio televisivo y ya, incipientemente, de las nuevas autopistas de la información (aunque sólo para una parte cuantitativamente ínfima del planeta, aunque cualitativamente determinante).

Por cierto que es importante no seguir utilizando los términos información y comunicación como sinónimos. Incluso en algunos contextos expresan tendencias antagónicas: de algún modo, en la actualidad, cuanto mayor es el flujo informativo, menor es la comunicación auténtica y humanizadora.

Al fin y al cabo, informar es dar forma a la realidad, conformarla, transformarla (a veces, deformarla). Una operación que, en términos físicos se define como *neguentropía*, tendencia contraria a la complejificación de los procesos que rige el despliegue mismo del Universo. Sabemos que, llevada al paroxismo, la hiperinformación aboca de nuevo a situaciones de elevadísima entropía, de fuertes tendencias al caos, a la desestructuración y a la pérdida de la *homeostasis* (el equilibrio) que debe presidir el normal funcionamiento de cualquier sistema humano, sea individual o colectivo. Y, además, al «adelgazamiento» y la trivialización de los símbolos.

Comunicar, en sentido auténtico, exige compartir, poner en común, aproximar los horizontes comprensivos y vitales. Ya Jürgen Habermas ha distinguido con claridad entre una *acción estratégica*, teleológica, impositiva, orientada al éxito a todo trance, frente a una *acción comunicativa*, mucho más volcada a la comprensión, al consenso, a compartir en pie de igualdad la vida y lo que de ella surge. No es extraño que en los diversos proyectos de una nueva ética mundial –que urge construir desde un nuevo pacto social– tenga una especial importancia la dimensión de lo dialógico (K.O. Appel), lo interpretativo (R. Rorty), el debilitamiento de un pensamiento abierto a la otredad (G. Vattimo), la acción comunicativa (J. Habermas). O la co-implicación desde emplazamientos comunes y solidarios, en constante y dinámica acción transdiscursiva (M.A. Vázquez Medel).

Desde la perspectiva evaluadora de la economía simbólica podemos comprender cómo la fuerza de un imaginario social puede llevar en determinados contextos y sociedades a la destrucción de aquello que, en otras coordenadas, puede encontrar la relevancia y la aceptación social. Por ello la nueva semiótica no puede ser inmanentista. El significado jamás permanece en sí mismo. Es siempre producido. Y en dicha

tarea de producción y reproducción nos ponemos en juego desde concretos emplazamientos, desde nódulos precisos de redes de intereses, de conocimientos, de experiencias. Por ello el significado se transforma. Cambia de valor apreciado y apropiado desde distintas coyunturas. Baste pensar –por ejemplo– en el valor simbólico que podía tener el uso de pendientes por parte de un chico en el asfixiante ambiente franquista de la posguerra española, o el que ya más generalizadamente puede tener en la actualidad. La evolución del «OTAN, de entrada no» dicho por quien hoy dirige la institución, según el cambio de coyuntura. O las implicaciones que puede tener para una chica si sale en vaqueros a la calle... dependiendo de que lo haga en Huelva o en una aldea de Argelia. Toda acción humana suele tener implicaciones simbólicas y éstas no son sólo teóricas o especulativas, sino que inciden poderosamente sobre la vida.

Por ello la nueva semiótica ha de ser una *semiótica de la trascendencia y de la interacción discursiva*, atenta a las implicaciones sociales de la producción, circulación y reproducción receptiva e interpretativa de significados y sentidos. Una semiótica *material* puesto que toda actividad simbólica se apoya siempre en vehículos signícos y afecta a la materialidad que somos y al entorno que nos rodea. Material, por cierto, y no materialista, no reductiva, no metafísica en una pretendida recaída antimetafísica.

Una semiótica *pragmática*, pues sólo en concretas condiciones espacio- temporales, económicas, políticas, sociales, se realizan los intercambios simbólicos. Una semiótica *hermenéutica o interpretativa*, puesto que interpretar es nuestra manera de estar en el mundo, más allá de una pretendida objetividad transparente. Queda mucho por avanzar en el estudio de las condiciones y compulsiones interpretativas y valorativas.

Pues bien: esta nueva semiótica transdiscursiva, histórica, psicosocial y de las ideologías, pragmática, hermenéutica, que surge tras el parcial fracaso de los estructuralismos, dispone de mejores recursos para evaluar la presencia y los efectos de los medios de comunicación que cualquier otra disciplina aislada.

Debemos aceptar que, de alguna manera, se ha agotado el *orden logocéntrico* que presidió el desarrollo de las ciencias sociales y las humanidades en buena parte del siglo XX, y que venía a sustituir el orden antropocéntrico (o más bien androcéntrico) que se despliega desde los

siglos XV-XVI (que a su vez desplazaba el ontocentrismo, teocentrismo u orden metafísico de la antigüedad).

Ahora bien: este parcial agotamiento del orden logocéntrico debe ser convenientemente evaluado. Aquiles Esté habla de orden semiocentrista: un marco de pensamiento y de relaciones en el que otros flujos simbólicos no verbales o no exclusivamente verbales, con una gran fuerza de lo visual y de lo acústico no verbal, vienen a fundirse y a convivir con el orden fundante de la Palabra.

No se trata –es evidente– de que la palabra desaparezca. Ni siquiera en sus formas escritas, recientemente revitalizadas con ciertas prácticas cibernéticas de correo electrónico, chats y grupos de discusión verbales, etc. Pero, al convivir en un conjunto más amplio y en el que han proliferado con más intensidad otros elementos, el valor de la palabra se desplaza. Por un lado se hace más inconsistente, más trivial, más gastada. Se devalúa, pierde su espesor. Y participa de los actuales procesos de clonación verbal e intelectual, de simulación, de espectacularización.

Ya decía Umberto Eco que la Semiótica estudia todo aquello que sirve para mentir, para engañar; porque sólo aquello que nos permite decir la verdad, manifestar proposiciones adecuadas a los estados del mundo, nos sirve para ocultarla o falsearla. Al fin y al cabo, un signo es un *aliquid pro aliquo*, y ahora casi nunca podemos estar del todo seguros de la existencia o la autenticidad del *aliquo* al que apunta el signo. Y, por supuesto, nunca un signo agota la realidad a la que se refiere, sino que, como bien decía Peirce, siempre la toma en un determinado aspecto o disposición. Ni la palabra «mujer» (por ejemplo) conviene plenamente a las realidades que se le pueden aplicar –que exceden, con mucho, este marco significativo–, ni siquiera el *continuum* de la realidad que delimitan es ya tan claro y evidente como en otras épocas más monológicas y monointerpretativas, menos plurisignificativas. Porque nosotros –es bueno no olvidarlo– estamos ya, como dice Steiner, *bajo el signo de Babel*. Hay épocas en las que se acentúa la dimensión incommunicativa, intransitiva, que siempre implican los sistemas y procesos de significación.

Los medios de comunicación y sus potenciales simbólicos.

Me gustaría comenzar el último tramo de esta reflexión con una denuncia al corporativismo: del mismo modo que la salud no es patrimonio de los médicos ni la literatura de los filólogos, ni la pintura de los espe-

cialistas en Bellas Artes, tampoco la comunicación en cualesquiera de sus cauces y soportes es propiedad de quienes detentan la propiedad o el control de los medios de comunicación. Si no le faltaba gran parte de razón a Carlos Marx cuando denunciaba hace ya casi siglo y medio que «la propiedad privada de los medios de producción es la fuente de toda explotación», hoy no iríamos del todo descaminados si la cambiáramos en «la propiedad privada de los medios de comunicación es la fuente de toda explotación». Con un matiz mucho más sutil de dominación cultural y mental, de conformación de los sistemas desde los que contemplamos el mundo.

Pero es esencial no ser simplistas y matizar de inmediato una frase que apenas tiene el valor de ser un aldabonazo en nuestras conciencias.

En esta «tercera ola», revolución del conocimiento, de los saberes o bio-tecno-comunicacional, la base del control total de la sociedad no gravita sobre una estructura de propiedad (tener) fundamentalmente territorial o de sector primario; pero tampoco ya quienes controlan los procesos de transformación industrial llevan la batuta de la sociedad. Hubo un instante a mediados de la década de los cincuenta en que, al menos un país del planeta Tierra, comenzó a tener un volumen de población y un global de actividad económica superior en el sector terciario o de servicios que en el primario o el secundario. Las pocas (pero dominantes) sociedades que dejaban de ser industriales para ser postindustriales, dejaban de ser en todo lo demás modernas para entrar en esta tardomodernidad, posmodernidad o transmodernidad confusa y difusa en que nos encontramos.

Los elementos considerados como superestructurales en la teoría marxista (los conocimientos, las ideologías, los sistemas legislativos, los conjuntos de creencias que ratifican o cuestionan la cohesión social) pasaron a formar parte de la infraestructura económica. Tener conocimiento, tener información y controlar la comunicación es tener poder. Y tener poder es, fundamentalmente, tener y controlar el conocimiento y la información que alimenta una economía y una sociabilidad puramente especulativas.

Si tradicionalmente era posible distinguir entre situaciones de *explotación* (en las que unos seres humanos explotan, vacían, alienan económicamente, en el eje del *tener*; a otros seres humanos), de *opresión* (en las que unos grupos ejercen el peso de la fuerza política, del *poder*; sobre otros) y de *dominación* (gracias al control de las ideas y de la cultura para legitimar

los órdenes sociales constituidos y el papel que a cada uno le corresponde jugar en ellos), en la actualidad todo es mucho más complicado.

Desde hace años, uniendo mi voz modesta a la de acreditados pensadores y comunicólogos, como Karl Popper o Pierre Bourdieu, vengo insistiendo en el hecho de que la irrupción de un cuarto poder controlador de los demás poderes del Estado, pero bastante incontrolado, ha quebrado el pacto social democrático constitutivo de la modernidad.

La semiótica nos enseña a denunciar la falacia que se encierra tras la pretendida defensa de la libertad de unos pocos a controlar a los demás por el simple hecho de disponer de la propiedad material de los recursos de gestación mental y de influencia sobre el espíritu humano.

No hay medios de comunicación públicos y medios de comunicación privados, como no hay educación pública y educación privada. Toda comunicación y todo proceso educativo que afecte a la interacción social son públicos y sociales y, por tanto, requieren la planificación y el control de la sociedad por los cauces más participativos posibles. Otra cuestión diferente es que existan medios de comunicación o instituciones educativas públicas de gestión privada que deben ser controlados socialmente de manera muy amplia y flexible cuando fallen a la autorregulación mínima que exige la convivencia social.

Pero ya sé que habrá quien de inmediato saque el fantasma de la censura, de los controles de los comisariados políticos (contra los que me manifiesto como el que más) y entone las alabanzas de la libertad y autorregulación de los sistemas. Por cierto, sería el único aspecto (el mercado y lo económico) en que los humanos defendemos la autorregulación y la desregulación, que conduciría a una sociedad brutal, salvaje, depredadora, como comenzamos a ver en algunas latitudes pretendidamente avanzadas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- BERGER, P-LUCKMANN, T. (1968): *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- BERGER, P-LUCKMANN, T. (1995): *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*, Paidós, Barcelona, 1997.
- BRYANT, J.- ZILLMANN, D. (eds.) (1994): *Los efectos de los medios de comunicación. Investigaciones y teorías*, Barcelona, Paidós, 1996.
- CAPRA, F (1982): *El punto crucial. Ciencia, sociedad y cultura naciente*, Barcelona, Integral, 1985.

- ESTÉ, A. (1998): *Culturas replicantes. El orden semiocentrista*, Barcelona, Gedisa.
- FRIED SCHNITMAN, D. (ed.) (1994): *Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.
- GREIMAS, A.J.-COURTÉS, J. (1979): *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1982.
- GREIMAS, A.J.-COURTÉS, J. (1986): *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, II, Madrid, Gredos, 1991.
- HABERMAS, J. (1988): *Teoría de la Acción Comunicativa*, 2 vols., Madrid, Taurus.
- LOTMAN, I.M. (1970): *La estructura del texto artístico*, Madrid, Istmo, 1978.
- LOTMAN, I.M. (1993): *La cultura e l'esplosione. Prevedibilità e imprevedibilità*, Milano, Feltrinelli.
- LOTMAN, I.M. (1994): *Cercare la strada. Modelli della cultura*, Venezia, Marsilio.
- LOTMAN, I.M. y Escuela de Tartu (1979): *Semiótica de la cultura*, intr., selec. y notas de J. Lozano, Madrid, Cátedra.
- MCLUHAN, M.-POWERS, B.R. (1989): *La aldea global. Transformaciones en la vida y los medios de comunicación mundiales en el siglo XXI*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- NAVARRO, D. (ed.) (1993): *La escuela de Tartu. Homenaje a Iuri M. Lotman*, en *Escritos. Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*.
- POSTMAN, N. (1992): *Técno polis. La rendición de la cultura a la tecnología*, Barcelona, Circulo de Lectores, 1994.
- RODRIGO ALSINA, M. (1995): *Los modelos de la comunicación*, Madrid, Tecnos, 2ª ed.
- ROSNAY, J. de (1995): *El hombre simbiótico. Miradas sobre el tercer milenio*, Madrid, Cátedra, 1996.
- SEGRE, C. (1977): *Semiótica, historia y cultura*, Barcelona, Ariel.
- TALENS, J. y otros (1978): *Elementos para una semiótica del texto artístico*, Madrid, Cátedra.
- TALENS, J. (1994): «El lugar de la teoría de la literatura en la era del lenguaje electrónico», en D. Villanueva (ed.), *Curso de Teoría de la Literatura*, Madrid, Taurus, págs. 129-143.
- VATTIMO, G. (1990): *La sociedad transparente*, Barcelona, Paidós.
- VÁZQUEZ MEDEL, M. A. (1987): «La semiosis estética en los textos literarios», en *Discurso. Revista Internacional de Semiótica y Teoría Literaria*, I, 1, págs. 113-123.
- (1994a): «El proceso de subjetivación en la crisis de la modernidad», en J. Bargallo (ed.), *Identidad y alteridad. Aproximación al tema del doble*, Sevilla, Alfar, págs. 55-70.
- (1994b): «Las autopistas de la información y el nuevo *homo media* futuro», *Vela Mayor*, I, 4, págs. 61-72.
- (1999): *Mujer, Ecología y Comunicación en el nuevo horizonte planetario*, Sevilla, Mergablum.
- WATZLAWICK, P. et al. (1981): *La realidad inventada*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- WATZLAWICK, P. / KRIEG, P. (eds.) (1991): *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Barcelona, Gedisa, 1994.